

rio selectivo, al juzgar estas creaciones, aparece en los dos hechos opuestos de que: 1.º, el «hacer creer» más verdadero, visto en la fantasía y en el juego, es más frecuentemente grotesco que bello, y 2.º, los arreglos naturales, que no aportan á nuestra percepción ningún elemento de «hacer-creer», son tan amenudo bellos como grotescos.

CAPÍTULO V

El genio. (1)

§ 1.—EL GENIO ES UNA VARIACIÓN

Con el resultado de lo expuesto en el anterior capítulo en el espíritu, el problema del genio aparece más fácil. La primera exigencia estriba en que definamos el hombre social en los términos más breves posibles, á fin de que podamos estimar el genio con relación al hombre social sano. Lo que éste es, lo hemos visto. Es una persona que *aprende á juzgar con los juicios de la sociedad*. Ahora bien; ¿qué diremos del genio desde este punto de vista? ¿Pueden los que rinden culto á los héroes (*hero-worshipper*) tener derecho á decir que los genios enseñan á la sociedad á juzgar, ó debemos afirmar que los genios, como los demás hombres, deben aprender á juzgar mediante los juicios de la sociedad?

103. El punto de vista más fecundo, sin duda, es el que considera al genio como una variación (2). Y no siendo así, es evidentemente imposible formular una teoría que encaje dentro de nuestra idea general. Pero ¿qué importancia tiene la variación? ¿qué dirección sigue? He ahí los problemas. Las grandes variaciones que se encuentran en los criminales por

(1) *Cons. Popular Science Monthly*, Agosto, 1896.

(2) V. el notable estudio sobre el genio, desde este punto de vista, de James en *Will to believe*, pág. 216 y sigs., que primero se publicó como artículo en el *Atlantic Monthly*, Octubre 1880.

herencia, en el loco, el idiota, etc., están excluidas de la vida social; siendo esto así, podemos preguntar si el genio no está también fuera de la vida social. Si es correcta nuestra determinación de los límites dentro de los cuales la sociedad decide quién no está excluido de la misma, el genio debe encontrarse dentro de tales límites. No puede á la vez estar fuera y vivir socialmente.

Las direcciones en las cuales el genio varía actualmente, en cada caso, del promedio de los hombres, son sin duda cuestión de hecho. Es, ante todo, para el psicólogo un hombre de gran poder de pensamiento, de gran imaginación constructiva. ¿Es esta una razón para ponerlo fuera de la sociedad? No, sin duda, porque por grandes pensamientos, nosotros entendemos también pensamientos verdaderos—pensamientos que obrarán, que traerán nuevas eras en el descubrimiento de los principios, ó en su aplicación. De eso precisamente depende todo desenvolvimiento; de esa facultad de innovar, armonizable con los conocimientos anteriores, de los cuales viene á ser un complemento. Pero supongamos un hombre cuyas ideas no son verdaderas, que no se «adaptan» al punto de su aplicación, que contradicen el saber establecido, ó que provocan en sus resultados combinaciones extrañas de dicho saber: á este hombre generalmente le negamos el nombre «de genio». Es un visionario; un agitador, un «fracaso». El criterio, según esto, que es preciso aplicar á las variaciones intelectuales que se producen entre los diferentes hombres, es el de la verdad, el de la habilidad operativa—en suma, es el de la «aptitud».—Toda idea, para vivir y germinar, debe ser una idea socialmente apta. Y el sentido de la comunidad respecto de la aptitud de la idea es la regla de juicio.

Ahora, como forma la comunidad ese sentido—es lo que antes hemos investigado. El sentido de la aptitud es, precisamente, lo que antes llamábamos un juicio. Así, al menos por lo que se refiere á materias de importancia social, es de origen social. Refleja el producto de toda herencia social, tra-

dición, educación. El sentido de la verdad social es su criterio para las ideas sociales, y únicamente si la idea del reformador es en alguna medida apta para acomodarse al desenvolvimiento social anterior—dénse de ello cuenta ó no las gentes de su generación—es del genio, y no un «deporte».

104. Puedo presentar de mejor modo el valor de las exigencias que la sociedad tiene respecto del genio, tratando de cómo en la vida actual se conduce para evitar semejante dependencia. Los hechos son muy conocidos, y son de aquella clase de hechos de que se sirven escritores como M. Spencer para suplir una regla adecuada en la aplicación de los principios de su filosofía social. El hecho es, dicen, que sin el consentimiento de la sociedad, las ideas de vuestro héroe, sea genio ó loco, prácticamente no tienen valor. Tiene que pasar el tiempo; y el genio antes de su tiempo, si se le juzga por sus obras, no puede ser en rigor un genio. Su pensamiento puede ser grande, tan grande que, siglos después, la sociedad puede referirse á él como á su manifestación más rica y á su intuición más profunda; pero antes de ese tiempo será tan extraño é inútil como las fantasías de un enajenado. ¿Qué se pensaría, podrían preguntarnos los escritores de esta escuela, de una rata en la cual se hubiera desenvuelto la mano de un hombre con todo su mecanismo de huesos, músculos, sensibilidad táctil y poder para la manipulación delicada, si el resto de la criatura persistiese conforme á su tipo? ¿No tendría razón el resto de la tribu para dejar á esta anomalía morir de hambre en el agujero en el cual su singular apéndice le retendría? Semejante individuo ¿dejaría de ser un mónstruo porque el hombre sepa hacer uso de las manos?

Hasta cierto punto este argumento tiene fuerza. Si la utilidad social fuese la regla de nuestra definición, entonces, sin duda, el genio prematuro no es genio. Esa regla puede ser empleada de otra manera y resultará más plausible. Las variaciones que aparecen en las facultades intelectuales en una comunidad, fluctúan alrededor de un término medio; hay teóricamente un hombre medio. Y las diferencias entre los

hombres que pueden ser tomadas en cuenta por una filosofía de la vida, deben referirse de alguna manera á ese hombre medio. Las variaciones que no encuentran cabida en el medio social, sino que son desaprobadas por todos los miembros de la misma sociedad, no suscitan simpatía alguna, y se hallan expuestas á ser consideradas como simples juegos, de análoga naturaleza á los que son fruto del azar. El hombre que las introduce no es oído, se le aísla, recibiendo el sello, no solo de los fracasados socialmente, sino también de los vagabundos.

Considerada en su forma positiva y corriente, esta idea implica simplemente que el hombre es siempre el resultado del movimiento social. Lo que de la sociedad recibe es la medida del grado en el cual representa adecuadamente este movimiento. Ciertas variaciones son posibles—como de hombres que van delante del legítimo progreso de la sociedad—y esos hombres son los genios verdaderos y únicos. Otras variaciones que parecen prescindir de la evolución futura no son más que «deportes», porque el único descuento permanente de lo futuro es aquel que es proyectado desde lo alto del pasado.

105. El gran defecto de esta teoría estriba en sus definiciones. Preguntaremos de una vez: ¿quién hace del pasado la medida del porvenir? y ¿quién hace de la aprobación social la medida de la verdad? ¿Quién puede impedir á la visión del poeta, del inventor, del profeta, elevarse por encima de las cabezas de su generación y hablar en favor de lo que aún está velado á todos los hombres? A mi ver, la filosofía social de la escuela de Spencer no puede responder á estas preguntas, ni puede afrontar el llamamiento que todos hacemos á la historia cuando citamos los nombres de Aristóteles, de Pascal, de Newton, ó de alguno de esos hombres que por sí solos señalan los momentos culminantes de la historia y que han dado al mundo una gran porción de su herencia de verdad. ¿Qué es, pues, lo que limita las variaciones posibles del poder intelectual fecundo? Raras son tales variaciones, he ahí su ley:

¡cuanto las variaciones son más grandes, más raras! Pero así es el genio; el más grande, es el más raro: ¡Y como la rata con mano humana no corre el riesgo de morirse de hambre abandonada en el agujero, y de ser puesta en alcohol cuando muera, para conservarla en un museo! ¡Y la lección que proporcionará el sabio biólogo que verá en esa rata cómo la naturaleza ha revelado su genio, prescindiendo por adelantado del lento proceso de la evolución!

He aquí lo que da fuerza á tales consideraciones para justificar la tesis de que el genio está fuera del movimiento social de su tiempo. El genio aporta sus variaciones á la sociedad, quiéralo la sociedad ó no; siendo la armonía entre ellos cosa de accidente más que de espera y teoría. Tal es la idea sostenida por William James, por ejemplo—á la cual nos hemos referido ya,—de que las causas que intervienen en la producción de las variaciones en la herencia de los individuos son completamente fisiológicas y representan un «ciclo» completo aparte de otro «ciclo» de causas existentes en el medio social del individuo.

Aunque sin seguir la doctrina que considera el genio como independiente del movimiento social—y mucho menos la doctrina, según la cual la herencia física no está influida por las condiciones sociales,—me parece que los que sostienen el culto de los héroes, tienen razón al decir que no podemos poner límites al genio, desde el punto de vista de las facultades intelectuales de que puede estar dotado. Si es verdad la tesis general de que es una variación de una especie cualquiera, será preciso considerar esos caracteres peculiares cuyo exceso sería su condenación. Tiene esto su concordancia con lo que exigimos al hombre ordinario—que sea un hombre de buen juicio. Y á esto debemos volver ahora.

§ 2.—EL JUICIO DEL GENIO

106. Al tratar de este asunto, tendremos que advertir el carácter recíproco de las relaciones sociales. Ningún genio escapa á las exigencias que impone su aprendizaje y su heren-

cia social. Mentalmente es un producto social, como los mismos que le juzgan; tiene, pues, que juzgar sus propias ideas como ellos hacen. Y su propia estimación de las cosas y de las ideas, su sentido relativo de las aptitudes, entraña aplicación, en virtud de una ley directa, de su propio proceso mental, para sí y para sus creaciones. Las limitaciones que, dado el juicio de la sociedad, no deben traspasar sus variaciones, se fijan por su juicio mismo. Si el hombre de que se trata tiene idea de que son socialmente verdad, *reconocerá que son verdaderas*. Y así llegamos con respecto á la *selección de las ideas particulares* que el genio puede tener, á esta conclusión: *él y la sociedad deben estar de acuerdo sobre su aptitud respectiva*, aunque este acuerdo en determinados casos deje de ser explícito. Lo esencial entonces es que se refleje el tipo social en el juicio propio del pensador; *las ideas emitidas deben siempre someterse á juicio ó crítica del pensador mismo; y en su mayor parte, y generalmente considerado, su juicio está en armonía con el juicio social* (1). Esto se pondrá de relieve más adelante mediante ejemplos.

107. Supongamos un hombre de ideas notables y sin sentido alguno de lo que conviene—ni del juicio que sobre ellas tiene la sociedad. Marchará al través de una enorme masa de descubrimientos. Su imaginación escéntrica suscitará solo la admiración, ofrecerá sus concepciones más quiméricas con el mismo aplomo que el inventor verdadero presenta las suyas. Pero semejante hombre no será tenido por un genio. Si sus divagaciones son inocentes, sonreiremos y le dejaremos hablar; pero si su falta de juicio se extiende á asuntos de mayor importancia ó va unida á ilusiones sobre sí mismo, y la sociedad y otras relaciones, entonces le clasificaremos entre los locos y lo encerraremos en un asilo. Dos de las formas más comunes de semejante desequilibrio de juicio,

(1) Es esta una manera distinta de decir lo dicho antes (Cap. III, § 3, de que el «pensar selectivo» del individuo procede bajo el criterio social implícito en su desenvolvimiento personal.

se ofrecen en las víctimas de «ideas fijas» y en los *exaltés*. Estos hombres no tienen verdadero sentido de los valores, no tienen medio para discernir las combinaciones susceptibles de buen éxito de aquellas que no lo son, y aunque pueden pasar por su espíritu enfermo algunos pensamientos, transcendentalmente verdaderos y originales, pasan como llegan y el mundo espera que un hombre con el sentido de lo conveniente los emita de nuevo y los vuelva á descubrir. Los hombres con semejantes perversiones de juicio son comunes entre nosotros. Todos conocemos hombres que parecen llenos de pensamientos ricos y variados, que muchas veces nos cautivan con el poder de sus concepciones ó la belleza de sus creaciones, pero en cuyos pensamientos encontramos mucha incongruencia, elementos eminentemente inadecuados, aplicaciones grotescas, elevación ó depresión del nivel común de la verdad, y defecto en la impresión estética. El hombre mismo no se conoce, y tal es la razón de por qué insiste. Su sentido de lo inconveniente está atenuado ó paralizado. Sentimos que sea tal «visionario» á pesar de todo su talento, y nos acomodamos á su infecundidad, contentándonos á lo sumo con gozar una hora bajo el encanto de su presencia. Este hombre ciertamente no producirá ningún movimiento en el mundo.

Muchos de los hombres que llamamos «desequilibrados» son de ese tipo. Están esencialmente faltos de juicio y la estimación vulgar de los mismos es rigurosamente justa.

108. Es evidente, dada la anterior explicación, que hay una segunda dirección en las variaciones de los hombres: *la variación en el sentido de la verdad y valor de sus propios pensamientos*, y con ellos de los pensamientos de los demás. Esta es la gran limitación común al hombre de genio y á la generalidad—una limitación en el tanteo de la variación que puede producirse en sus juicios sociales, especialmente cuando esta variación afecta á la reclamación de su reconocimiento por parte de la sociedad. Es evidente que este debe ser un factor importante en nuestra estimación de las recla-

maciones del héroe á nuestro culto, especialmente desde el lado más obscuro de su temperamento—del que más generalmente se prescindir. Es lo que llamamos en nuestras ulteriores explicaciones la «salud social» del hombre de genio.

Una de las indicaciones evidentes de la especie de variación social en cuestión puede verse en los efectos variados que la educación produce sobre el carácter. La disciplina del desenvolvimiento social principalmente se dirige, como hemos visto, hacia la reducción de las excentricidades, á la nivelación de las peculiaridades personales. Todo lo que llega á la herencia social constituye la misma gran serie de lecciones derivadas del pasado, y todo provoca en los años de formación de la educación mediante los ejercicios comunes en la casa y en la escuela, el género de juicio requerido en la vida social. Por eso debemos esperar á que las disposiciones más singulares que representan dificultades insuperables en el proceso de asimilación social, se presenten desde el primer momento. Entonces es cuando el conflicto estalla—una lucha entre el impulso y el freno social. Más de un genio debe la redención de sus dotes intelectuales á los usos sociales legítimos, á la victoria ganada por un maestro y á la disciplina aprendida mediante la obediencia. Del propio modo muchos que en los primeros años prometían grandes cosas fracasan más tarde. Persiguiendo fantasmas, la sociedad los declara locos. En su caso el factor personal ha sobrepujado al factor social. No han seguido las lecciones que se les han dado; su propia crítica está indisciplinada, no tienen objetivo.

109. Estos extremos, sin embargo, no agotan la serie. En uno de ellos, vemos la tendencia de la vida social á oscurecer la luz del genio; en el otro, la tendencia del genio potencial á trabajar por sí mismo sin equilibrio, rechazando el freno social. El hombre común es el término medio. Pero el más alto límite de la acción humana y con él el mayor influjo que el hombre puede ejercer, están fuera de ese término medio. No basta, dirá el partidario del culto de los héroes, que el hombre de genio tenga un juicio sano y fuerte, según

la sociedad lo entienda. El hecho es, que aun en sus juicios sociales, puede instruir á la sociedad. Por sí solo y por su propio poder puede elevar á sus compañeros al nivel de sus beneficios para su provecho y para su gloria eterna. Que necesite criticarse á sí mismo y tener ese sentido de las conveniencias de que habláis, bien está; pero ese sentido puede ser superior al juicio vulgar de las gentes. Su juicio puede ser más sano que el de éstas; y como sus creaciones intelectuales son grandes y singulares, su sentido de su verdad puede ser pleno y único. Seguramente esta seguridad divina del hombre de genio puede ser contrastada; el soñador vulgar puede tenerla, pero esto no obstante, cuando el genio lo tiene no es un soñador vulgar.

Esto es cierto, creo yo, y la explicación del hecho conduce á la última aplicación fecunda de la doctrina de las variaciones. Precisamente, del propio modo que los dones intelectuales de los hombres varían dentro de muy amplios límites, las cualidades sociales de los hombres también pueden variar. Hay hombres que encuentran su elemento en el servicio á la sociedad. Son hombres tan naturalmente nacidos para tomar la dirección de la reforma social en materias ejecutivas, en la organización y plan de nuestras campañas sociales, que hacia ellos nos volvemos como por instinto. Tienen una especie de visión clara, ante la cual solo podemos inclinarnos. Ganan la confianza de los hombres, el favor de las mujeres, y excitan las aclamaciones de los niños. Tales gentes son genios sociales. Parecen adelantarse á la disciplina de la educación social. No necesitan aprender las lecciones del medio social. Descuentan el porvenir social, como los hombres de grandes dotes intelectuales pueden descontar el porvenir del saber y de la invención.

Semejantes personas representan, creo yo, una variación hacia la sugestibilidad de las cosas más delicadas y singulares. Sobrepujan á los maestros de quien han aprendido. Es difícil decir que «aprenden á juzgar con los juicios de la sociedad». Juzgan sin que parezca que han aprendido, y sin

embargo, difieren del hombre al cual las excentricidades le impiden aprender mediante la disciplina de la sociedad. Los dos son los extremos opuestos de la variación: tal me parece la única explicación posible de ambos. Hay entre ellos la diferencia que entre el «ice-boat», que se desliza más ligero que el viento, y el patinador que desafía al viento y marcha contra él. El último es á veces vencido por la oposición: el primero lo desafía siempre. El desequilibrado, el excéntrico, el entusiasta—todos ellos marchan contra el sano juicio social: en cambio el genio lleva á la sociedad hacia su propio punto de vista, é interpreta el movimiento social tan cuidadosa y simpáticamente y con tan profundo conocimiento, que su misma singularidad da mayor relieve á su inspiración.

Consideramos ahora á un hombre que combine este conocimiento—este juicio social tan extraordinariamente sano—con el poder de una gran inventiva y de un pensamiento constructivo, y en ese caso tendremos nuestro genio, nuestro héroe, al que podemos rendir culto. Junta al gran pensamiento el equilibrio; á la originalidad el juicio. Es el hombre capaz de estremecer al mundo, si necesitamos de un hombre para ello. Porque á la vez que tiene pensar profundo, distingue exactamente sus pensamientos y les asigna su valor. Sus compañeros juzgan con él, ó aprenden á juzgar después que él, y le prestan la fuerza para el éxito—entusiasmo, recompensa. Puede pasar algún tiempo desconocido, puede sufrir en la prisión, puede ser constreñido en la libertad de pensar, puede morir, y con él la verdad que ha engendrado en silencio. Pero el mundo llega, con su progreso más lento, á seguir el camino por el cual él deseaba conducirlo, y si ese pensamiento ha dejado algún recuerdo de posteridad lo hace revivir, lamentándose sobre su tumba.

Las dos cosas que conviene aclarar, pues, en el respecto racional y fenomenal del grande hombre—quiero decir en el respecto en que podemos comprenderlo racionalmente—son las que siguen: *primera*, su originalidad intelectual; *segunda*, lo sano de su juicio. Y las variaciones de esta segunda clase

de dote son las que dan fundamento á las ideas parciales vulgarizadas por diversos escritores.

110. De un lado, se nos dice, que el genio es un «degenerado»: de otro, que debe clasificársele entre los de temperamento insano; y además que la principal característica es la rapidez para ultrajar á la sociedad realizando actos criminales. Todas estas supuestas teorías se apoyan en hechos—en la medida que los tienen como fundamento—los cuales, si el espacio lo permitiese, podríamos fácilmente referirlos á nuestro presente punto de vista. Si el grande hombre se ocupa principalmente con cosas objetivas, que son social y moralmente neutrales—como la electricidad, la historia natural, la teoría mecánica y sus aplicaciones—claro es, la capacidad mental que posea es lo principal, y su absorción por tales cosas puede llevarle á formar una falsa noción de las relaciones más ideales y refinadas, que es lo que consideran los autores que hablan de degeneración. Esto no obstante, se admitirá por cuantos estén familiarizados con la historia de la ciencia, que los más grandes genios científicos han sido hombres de una vida tranquila y de un desenvolvimiento social normal. Al genio literario y artístico, es al que tienen que volver la vista los que buscan las anomalías: y en ese campo es en el que los hechos indican el alcance de su doctrina.

Por lo general, esos artistas prodigios no representan la unión de las variaciones que encontramos en los más grandes genios. Tales hombres frecuentemente carecen de poder para las construcciones del pensamiento sostenidas. Su conocimiento es, sobre todo, lo que se llama intuitivo. Tienen llamadas de experiencia emocional, que cristalizan en creaciones especiales del arte. Dependen principalmente de la «inspiración»—una palabra que es responsable en gran manera de la sobreestimación en que semejantes hombres se tienen, y de no pocas ilusiones. No es que no realicen grandes hechos en las varias esferas, en las cuales se manifiesta sus diversas «inspiraciones»; pero con todo ello, ofrecen á menudo esa especie de desequilibrio intelectual fragmentario que, en

los casos particulares, les hace parecer al lado de esa clase de personas que consideran las teorías que discuto. Únicamente puede esperarse que la variación tan de relieve en el dominio emocional y estético que el gran artista ofrece, entrañe singularidades hereditarias en otros respectos (1). Además, el mero hábito de vivir por inspiración pone á la vista de un modo evidente cualesquiera particularidades medio ocultas que él pudiera tener respecto de la observación de sus asociados y en el cumplimiento de sus propios deberes sociales. Obsérvese que yo no pongo en duda el arte soberbio de muchos ejemplos de lo «degenerado» artístico; esto equivaldría á denigrar algunos de los más altos ministerios del genio para con nosotros los hombres por desatinados é ilegítimos, y á considerar impuras algunas de nuestras más sublimes y embriagadoras fuentes de inspiración. Pero yo digo que en tanto que esos hombres nos mueven y nos instruyen, están en *estas esferas superiores* á todas las cosas sanas con nuestra salud; y cuando están locos contribuyen á desacreditar aquel oficio superior á todos, al cual sus superiores dotes les daría el legítimo derecho—la instrucción de la humanidad.

111. ¿No debe parecer débil é incolora cualquier teoría del hombre que olvide el supremo equilibrio espiritual de Darwin (2), y con él el de Aristóteles, y de Miguel Angel, y de Leonardo, y de Leibnitz, y de Shakespeare, y de Washing-

(1) Precisamente como el criminal: ambos, el criminal y el genio, pueden tener defectos físicos, varios de los llamados «estigmas»; pero es evidente que se falta á la lógica cuando se considera que estos son los «signos» que invariablemente acompañan al genio ó al criminal. Y es *á fortiori* de peor lógica volver la proposición y decir que un hombre que tiene las orejas en tal ó cual forma ó prognatismo, es ó una cosa ú otra. Probablemente la mejor refutación de Nardau, Lombroso y demás, en el terreno patológico, es la del libro de Hirsch, *Genius and Degeneration*.

(2) Al publicar por primera vez este capítulo (*Pop. Sc. Monthly*, Agosto de 1896) usé de la fórmula de Darwin para el principio de las variaciones (con la selección natural), como un ejemplo «adecuado del «juicio del genio»; la más adecuada por ser el principio aplicado en el texto. Me ha interesado encontrar que el Profesor Poulton (*Charles Darwin*, pá-

ton? Al lado de la obra de estos hombres ¿no resultan las de esos otros de talentos especiales algo así como la apología, algo como la profanación de ese nombre que les sirve de conjuro, el nombre de genio? Pero, por otra parte, ¿por qué correr al otro extremo y hacer de todos estos hombres supremamente humanos una anomalía, un prodigio, un rayo del cielo, un elemento de desorden, nacidos para impulsar ó torcer el progreso de la humanidad por un azar que nadie puede medir? Los recursos de la teoría psicológica son á propósito para la construcción de una doctrina de la sociedad basada en el individuo en todas las posibilidades que su herencia pueda aportarle, y que, sin embargo, no ocultan ni velan aquellas cumbres de la grandeza humana en que reside la aureola del genio. Añadamos el reconocimiento á la sorpresa en presencia de un hombre tal, á nuestro reconocimiento el respeto, y la adoración, si queréis, á nuestro respeto, y con todo esto, empezaremos á ver que por él es el mundo el mejor sitio donde podemos vivir y trabajar.

Así, encontramos, que en último término podemos ser filósofos sociales á la par que adoradores del héroe. Y siendo filósofos, habremos hecho de nuestra adoración un acto de homenaje á la naturaleza humana. Dadnos una filosofía que ponga lo grande en contacto con lo vulgar, que defina las fuerzas que se elevan á su mayor grandeza sólo en este ó en aquel hombre, que nos capacite para confrontar lo mejor nuestro con lo peor de aquél, y nuestro homenaje será inteligente. Saber que los mayores hombres de la tierra son hombres que piensan como yo, pero más profundamente; que ven la realidad como yo, pero más claramente; que trabajan con los mismos fines que yo, pero avanzando más; que sirven á la humanidad como yo, pero mejor; todo esto puede ser una excitación á mi humildad, pero es á la vez una inspiración para mi vida.

gina 12 y sig.), hace resaltar la misma característica en el genio de Darwin. Publico mis observaciones sobre este asunto, justamente con una cita del Profesor Poulton en el Apéndice G.